

Paisaje cultural en tiempos acelerados. Una reexaminación

Cultural Landscape in Accelerated Times: A Reexamination

 <https://doi.org/10.48162/rev.40.067>

Pedro Sergio Urquijo Torres

Universidad Nacional Autónoma de México
México

 <https://orcid.org/0000-0001-9626-0322>

 psurquijo@ciga.unam.mx

Resumen

El artículo plantea la pertinencia del enfoque culturalista de paisaje en el marco de la crisis ecológica planetaria y los estudios ambientales contemporáneos, a un siglo de haber sido expuestos sus componentes fundamentales por el geógrafo norteamericano Carl O. Sauer. A partir del reconocimiento de la trayectoria histórica del enfoque de paisaje cultural y de las necesarias adecuaciones, se revalora como un marco teórico que permite reconocer el carácter integral de elementos socioculturales y biofísicos sobre el terreno, desde escalas locales y socialmente particulares. Para ello, se hace una descripción analítica de las consideraciones o aportaciones que se establecieron en el ámbito de la geografía, sobre todo desde la geografía cultural tradicional, la llamada nueva geografía cultural y los giros espaciales. Finalmente, se resalta la pertinencia a partir de consideraciones necesarias en el contexto actual, denominado “Gran Aceleración”, caracterizado por el crecimiento exponencial de la población, urbanización desenfrenada, uso masivo de vehículos motorizados, consumo de energía fósil, entre otros aspectos. Con esta propuesta sostenemos que el enfoque cultural de paisaje es una forma de posicionarse reflexivamente respecto a

los cambios drásticos y acelerados de los paisajes contemporáneos, a partir de sus cimientos teóricos de larga data, con una amplia trayectoria en el estudio analítico de las interacciones humanidad-terreno.

Palabras clave: paisajes, intensificación, estudios ambientales

Abstract

The article discusses the relevance of the culturalist approach to landscape in the context of the planetary ecological crisis and contemporary environmental studies, a century after its fundamental components were exposed by the American geographer Carl O. Sauer. Based on recognizing the historical trajectory of the cultural landscape approach and the necessary adaptations, it is re-evaluated as a theoretical framework that allows recognition of the integral character of sociocultural and biophysical elements on the ground, from local and socially particular scales. To this end, an analytical description is made of the considerations or contributions established in the field of geography, especially from traditional cultural geography, the so-called new cultural geography, and the spatial turns. Finally, the relevance is highlighted based on necessary considerations in the current context, called “Great Acceleration”, characterized by exponential population growth, rampant urbanization, massive use of motorized vehicles, and fossil energy consumption, among other aspects. With this proposal, we argue that the cultural approach to landscape is a way of reflexively positioning oneself concerning the drastic and accelerated changes of contemporary landscapes, based on their long-standing theoretical foundations, with a broad trajectory in the analytical study of human-land interactions.

Keywords: landscapes, intensification, environmental studies

Introducción

Desde las dos últimas décadas de la centuria pasada y en los primeros veinte años del nuevo milenio, en un marco científico insistente en la interdisciplinaridad como respuesta analítica a la emergencia ambiental, la noción paisaje cobró un notable interés. En América Latina, especialistas de la geografía (Tesser, 2000; Silvestri y Aliata, 2001; Castro y Zusman, 2009; Ramírez y López-Levi, 2015), principalmente, pero también de la antropología (Boehm, 2001; Radding, 2012), arquitectura (Díaz Terreno, 2013; Larrucea, 2016; Palma, 2016; Guzmán, 2017), historia (Trautmann, 1981; Radding, 2008; Brandt, 2015) y ecología (Morera, 2007; Oliveira y Montezuma, 2010), realizaron estudios que, desde diversas posiciones teóricas o metodológicas, recurrieron al paisaje como noción explicativa. El paisaje se definía como una unidad espacial convergente de elementos biofísicos y socioculturales, cuya integración se manifestaba física, material o simbólicamente sobre el terreno (Fernández Christlieb, 2006; Castro y Zusman, 2009; Urquijo, 2020). El paisaje posibilitaba –por lo menos en la narrativa teórica– la pretendida conjunción entre la separación artificial de la humanidad y la

naturaleza. Estos atributos han generado también una diversidad de interpretaciones que han asociado al paisaje con aspectos de la planificación territorial, el manejo o conservación de áreas históricas y naturales o las propuestas de valorización patrimonial (López Silvestre y Zusman, 2008; Silvestri, 2019; Duis, 2021; Suden, 2024). En América Latina, además de ser un concepto teórico en torno a la relación humanidad-naturaleza, el paisaje se vincula metodológicamente con procedimientos normativos –como en la gestión ecológica, territorial o patrimonial– y con la elaboración de cartografía para la aptitud territorial o la caracterización físico-geográfica (Franch y Cancer, 2017; Laportilla, Urquijo, Rodríguez y Priego, 2025).

Más allá de las múltiples posibilidades que la noción paisaje puede generar, lo que nos interesa resaltar es que, bajo cualquier perspectiva, es el resultado de las transformaciones o representaciones que una sociedad realiza en sus lugares, en escala local, a partir de conocimientos, prácticas o sabidurías históricas. El paisaje es una tradición compartida por generaciones que se expresa y marca en un espacio limitado y aprensible. Dicha tradición compartida y transgeneracional no es inmutable o nostálgica del pasado. Lo tradicional en el paisaje no alude a la resistencia inalterable en el tiempo o al culto conservacionista a la ancestralidad. Por el contrario, la tradición es la adaptación creativa y compleja de aspectos culturalmente importantes, en contextos cambiantes o emergentes. La adaptación es absolutamente necesaria para que esos aspectos que constituyen un núcleo duro cultural y transgeneracional sigan funcionando o resistan mediante cuidadosas recreaciones, en el presente. Entonces, en tanto resultado de experiencias y decisiones históricas constantemente reinterpretadas, el paisaje es dinámico. Ese dinamismo convergente y situado de elementos bióticos, abióticos y antrópicos, así como la importancia de la toma de decisiones o manifestaciones de poder que las sociedades realizan en su concepción, hace que sea un concepto atractivo, en varios sentidos, para los estudios ambientales contemporáneos, en un contexto ecológicamente crítico y acelerado.

Steffen, Crutzen y McNeill (2007), plantean que vivimos una etapa histórico-ambiental denominada Gran Aceleración, una fase del Antropoceno. Se establece desde mediados del siglo XX y se caracteriza por la expansión inusitada de la población mundial, consumo masivo de energía fósil para la motorización de vehículos terrestres, aéreos y marítimos, uso excesivo y cotidiano de plásticos y otros materiales no degradables, urbanización desenfrenada y segregada, acidificación de los mares, uso generalizado de agroquímicos en los cultivos, entre otros fenómenos ampliamente conocidos; todo ello con la consecuente presión sobre la naturaleza. Explicada en términos generales, la aceleración es una marcha intensificada hacia el crecimiento o desarrollo económico y mercantil. La idea de crecimiento

se gesta desde la década de 1930, en el contexto de la Gran Depresión de los Estados Unidos y adquiere con el paso del tiempo diversas definiciones, después de la Segunda Guerra Mundial, ante la consecuente reconstrucción de los países europeos. A partir de mediados de la centuria pasada, el crecimiento pierde los objetivos subyacentes de recuperación y se transforma en un acelerado crecimiento por el crecimiento, sostenido en una contabilidad de valores de cambio (no los valores de uso), vinculados al producto interno bruto (PIB) de las diferentes naciones, y sostenidos en una gran variedad de definiciones que mitifican la prosperidad, el progreso, la protección, la innovación o el poder a partir del consumo (Parrique, 2024).

El crecimiento económico mercantilizado y las formas de vida asociadas a este, han generado severas presiones ecológicas que han intensificado, en menos de cien años, el deterioro de todas las formas de vida planetarias. Si bien en la historia de la humanidad han existido consecuencias ambientales derivadas de las actividades sobre la naturaleza, por medio del uso del suelo, el agua, la energía y del aprovechamiento de otras especies de fauna y vegetación, en los últimos setenta años (una vida humana), los daños han provocado afectaciones que no se habían presentado en más de 8000 años de agricultura o en los dos últimos siglos de industrialización. En pocas palabras, desde 1950 las alteraciones planetarias se caracterizan por su intensidad y expansividad, donde la banalidad económica hegemónica organiza las formas de vida, destruye la naturaleza y minimiza las culpas de los individuos responsables de ello (Norgaard, 2019; Parrique, 2024).

Las implicaciones de los cambios acelerados planetarios repercuten en las escalas locales, regionales y nacionales. Asuntos clave como la vulnerabilidad, el riesgo, el extractivismo en sus diferentes facetas, el manejo de la biodiversidad, la distribución territorial, la propiedad y los usos del suelo, el acceso al recurso hídrico o las sustituciones de coberturas vegetales son asuntos que, más que en ningún otro momento, requieren de preguntas y respuestas territorializadas y espacializadas (Fernández Christlieb, 2023). Esta ha sido una inquietud de diferentes especialistas que, a partir de una reexaminación de la importancia de lo territorial o espacial en el contexto de crisis contemporánea, han formulado un énfasis conceptual nombrado geografía ambiental (Castree, Demeritt y Liverman, 2009; Castro y Zusman, 2009; Demeritt, 2009; Mathewson, 2011; Lus Bietti y Castro, 2022), y cuya forma sensible es justamente el paisaje.

Sin embargo, aquí nuestro asunto, es importante recordar que la condición de integralidad del paisaje no es ninguna novedad o atribución emergente en la crisis ambiental planetaria contemporánea. Hace un siglo, en 1925, Carl O. Sauer, geógrafo de la Universidad de

California en Berkeley, había reinterpretado la expresión *paisaje cultural* –acuñada por Friedrich Ratzel– para referirse a la transformación histórica de la naturaleza, es una escala aprensible, a partir del reconocimiento de los saberes y acciones de las diferentes sociedades que en él se manifestaban. En las décadas siguientes, el enfoque de paisaje cultural se enriqueció con las aportaciones brindadas por la geografía crítica, la nueva geografía cultural y los giros culturales de finales del siglo XX. Hoy, en el nuevo milenio, las reflexiones paisajísticas requieren de reposicionamientos que permitan una comprensión de los cambios acelerados y, a partir de estas, puedan contribuir a formular procesos de contención del deterioro ecológico y de resignificación territorial. En este sentido, este trabajo es una breve aproximación reflexiva al camino andado y a los posibles senderos que se vislumbran en torno al paisaje cultural.

En un primer apartado contextualizamos cómo se concibió teóricamente el paisaje cultural. Nos interesa reconocer aquellos aspectos que, a la luz de nuestros días, son susceptibles de leerse en clave ambiental. Esto nos permitirá sostener que hay en el enfoque culturalista, desde su concepción, aspectos de actualidad y pertinencia, que aportan a los análisis emergentes en tiempos acelerados, a partir de un sólido cimiento teórico geográfico, consolidado a lo largo de los años. Describimos sintéticamente la respuesta crítica al enfoque de Sauer, recuperando los aspectos sobresalientes de la geografía crítica, la nueva geografía cultural y los giros culturales. Finalmente, a partir de la consideración de los grandes temas ambientales –el antropoceno, la gran aceleración, crisis energética, sustentabilidad, entre otros–, planteamos algunas perspectivas de investigaciones paisajístico-culturales, con el fin de reconocer posibilidades o pertinencias en el estado actual de la investigación.

Carl o. Sauer y el paisaje cultural tradicional

El paisaje refiere a una porción sensible del espacio (un lugar) contemplada, interpretada y transformada por la experiencia humana a partir de los conocimientos, saberes o imaginarios compartidos en una sociedad específica (Urquijo, 2021). Así, las expresiones materializadas en el terreno o simbólicamente manifiestas en el lugar, cobran importancia en el análisis geográfico-cultural (Price y Lewis, 1993; Claval, 1999; Fernández Christlieb, 2006). Estudios referentes a temas tales como los imaginarios (Cosgrove, 1984; Zusman, 2006; Nogué, 2012), las formas de manejo históricas o tradicionales (Rivasplata, 2017; Franca de Oliveira, 2019), el poder en la toma de decisiones (Zusman, 2014), las filias o las fobias en los usos o las representaciones del paisaje (Davidson, 2003; Lindón, 2006), han sido aspectos recurrentes en el estado de la investigación (Ferretti, 2019).

El paisaje cultural es un enfoque que se articula a partir de las aportaciones de Carl O. Sauer, referente de la tradición geográfica denominada Escuela de Berkeley (Mathewson y Seemann, 2008; Mathewson, 2011; Urquijo y Segundo, 2017). En el artículo “Morphology of Landscape” (1925), Sauer explicaba:

La geografía humana no se opone en sí misma a una geografía de la que se ha excluido al elemento humano; tal cosa no ha existido sino en las mentes de unos pocos especialistas exclusivos” [cita textual de Paul Vidal de la Blache, Principios de Geografía Humana (1922), p. 3]. Es una abstracción forzada, de toda buena tradición geográfica a tour de force, el considerar al paisaje como si estuviera carente de vida. Puesto que estamos primordialmente interesados en “culturas que crecen con vigor original a partir del regazo de un paisaje natural maternal, al cual cada una está vinculada en todo el curso de su existencia” [cita textual de O. Spengler, Untergang des Abendlandes (1922-23), p. 28], la geografía está basada en la realidad de la unión de elementos físicos y culturales del paisaje. El contenido del paisaje está fundando por tanto en las cualidades físicas del área que son significantes para el hombre y en las formas de su uso del área, en hechos de sustento físico y hechos de cultura humana (Sauer, 1925, p. 29, traducción propia).

Para Sauer el paisaje era una generalización de interpretaciones individuales, que se presentaban de manera integrada en el terreno. Esa condición genérica no era, como podría pensarse, igual a la del análisis ecosistémico. Ningún valle era igual a otro valle, ninguna población era réplica de otra. En la medida que cada paisaje se ubicaba en un lugar específico sobre la corteza terrestre, se alejaba de cualquier tratamiento sistémico. La ecología, por ejemplo, no se limitaba a contemplar lo particular, sino que llevaban a sus objetos de estudio hasta conceptos comparativos de especie, género, raza, entre otros. Lo general en el paisaje, indicaba Sauer, estaba en las características de área, como podían ser las irregularidades del terreno, la pendiente de las laderas, la extensión de pastizales, la longitud de los afluentes hídricos, pero no en la comparación sistémica de falsas tipologías de paisaje (Sauer, 1925).

A partir de la investigación en torno a la propuesta de paisaje cultural, Sauer, junto con sus pupilos de la Universidad de California—Donald Brand, Robert West, Henri Bruman—y colegas de diversas especialidades—Alfred Kroeber, Oskar Schmieder, Herbert Bolton, Lesley Byrd

Simpson o Isabel Kelly—, establecieron una tradición de pensamiento y práctica geográfica conocida como Escuela de Berkeley. Su modelo de análisis se conoció posteriormente como geografía cultural tradicional (Urquijo y Segundo, 2017). La región de estudio predilecta para quienes se vincularon con la Escuela de Berkeley fue América Latina y el Caribe. A lo largo de más de cinco generaciones practicantes de la geografía formados en los Estados Unidos, realizaron estudios referentes a los cambios o transformaciones del entorno por la actividad histórica de diferentes culturas (Mathewson, Allen, Grismore, Lagos, Rose, Spencer, 2020).

La aportación de Sauer a lo que hoy podemos considerar como estudios ambientales, tuvo un momento detonante a mediados de la década de 1950 cuando, en Princeton, New Jersey, se realizó la conferencia *Man's Role in Changing the Face of the Earth*, con el auspicio de la Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research (Thomas, Sauer, Bates, Mumford, 1956). Los especialistas convocantes eran el mismo Sauer, Marston Bates y Lewis Mumford, y entre los personajes que participaron estaban Clarence Glacken, Karl Wittfogel y Pierre Gourou. Durante su intervención, Sauer afirmó que la conferencia tenía como objetivo discutir respecto a la capacidad humana para “alterar su entorno natural, la manera en que lo hace y las consecuencias de sus acciones. Esto concierne a los efectos históricos acumulados, con los procesos físicos y biológicos que el hombre pone en movimiento, inhibe o altera, y las diferencias en los comportamientos culturales que distinguen a un grupo humano de otro” (Sauer, 1956, p. 49). La cuestión ambiental estuvo siempre presente en Sauer, en donde la ciencia geográfica y la noción de paisaje ocupaban un lugar central para el estudio de las causas y los efectos de los desacoplamientos en la relación humanidad-naturaleza. Es de llamar la atención que la conferencia de Princeton se realizó 17 años antes de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Humano celebrada en Estocolmo (1972), donde el tema ambiental se puso en la palestra política internacional, y seis años antes de la publicación de *La Primavera Silenciosa* de Rachel Carson (1962), libro difusor del ambientalismo contemporáneo.

Sauer mantuvo una posición categórica respecto a la preservación de la diversidad ambiental y las particularidades históricas de los paisajes. Ello quedó de manifiesto en su insistente defensa de los cultivos tradicionales, ante la introducción de los paquetes agronómicos y de fitomejoramiento agrícola impulsados por la Fundación Rockefeller, en el marco de la Revolución Verde de la década de 1940. Para Sauer, el proyecto expansionista de la Rockefeller era parte de las iniciativas arrogantes de la ciencia y la tecnología estadounidense para importar un modelo de agricultura a contextos paisajísticos incompatibles (Urquijo y Méndez, 2024).

¿Qué tan novedosa era la postura saueriana respecto al paisaje cultural y el enfoque ambiental en geografía? Los posicionamientos críticos en torno a la destrucción de los paisajes podían remontarse al siglo XIX y principios del XX, si se toman en cuenta los trabajos de George Perkins Marsh, Elisée Reclus o Jean Bruhnes, entre otros teóricos de la explotación de la naturaleza (Mathewson, 2009). Fuera del ámbito de la geografía, pero alejados de las explicaciones biológicas o evolucionistas, pueden mencionarse los nombres de Karl Marx y Frederick Engels y sus análisis respecto a los metabolismos y rupturas sociales (Foster, 2000), o Vladimir Vernadsky y su conceptualización de la biosfera y noosfera (Castro Herrera, 2024). Sin embargo, como señala Kent Mathewson (2009), si hay que focalizarse en el momento en que el paisaje cultural se convirtió en una estrategia teórica y metodológica para reconocer las transformaciones del entorno, tanto por deterioro como por formas de manejo, entonces Sauer debe ser el punto de partida. Para Sauer como para sus colegas de Berkeley, el paisaje era un concepto clave organizativo y central para reconocer la historia de los cambios ambientales en escala local y establecer, a partir de ellas, críticas poderosas y en ocasiones polémicas a la expansión colonial en las Américas.

En síntesis, muchas décadas antes de que la crisis ambiental se volviera un tema recurrente en las agendas políticas y académicas, Sauer postulaba que, a través de una comprensión histórica de los cambios o transformaciones en el paisaje (generalmente manifestadas en los usos del suelo), era posible reconocer cómo el ser humano alteraba el funcionamiento orgánico de la corteza terrestre y, al mismo tiempo, se afectaban los lugares de las diferentes culturas. El paisaje cultural era así el estudio de los hábitos en el hábitat. Los posicionamientos de Sauer fueron, entonces, antecedentes a formas emergentes que hoy pueden circunscribirse a los ámbitos de la geografía y la historia ambientales (Mathewson y Seemann, 2008; Mathewson, 2011, Urquijo y Segundo, 2017).

Nueva geografía cultural y giros culturales

Hacia finales de la década de 1960 y a lo largo de la de 1970, los procesos de renovación de la geografía humana brindaron nuevas perspectivas en torno a la relación humanidad-naturaleza. De particular influencia en América Latina, sobre todo en Brasil, fueron las propuestas de Pierre George y la *Ecodinámica* (1977) e Yves Lacoste y Jean Kilian con *Ecogeografía y la ordenación del medio natural* (1979) (Lus Bietti y Castro 2022). Ambas resaltaban una preocupación por el impacto físico y económico de las acciones humanas sobre el terreno. Asimismo, la geografía crítica –sustentada en teorías e interpretaciones marxistas– se orientó hacia los modos de producción vinculados a la transformación del entorno, los metabolismos sociales y sus rupturas y las organizaciones comunitarias

constituidas para la defensa del territorio (Foster, 2000; Foster y Clark, 2020; Napoletano et al, 2022). La geografía crítica sustituyó la conceptualización de *dominio de la naturaleza* por la de *producción del espacio* de influencia lefebvriana (Lefebvre, 1991). Así proporcionó alternativas de interpretación al dualismo hegemónico del capitalismo, a partir de una concepción dialéctica entre la naturaleza y las sociedades (Foster, 2000; Montañez, 2009; Napoletano et al, 2022). No obstante, la geografía crítica del siglo pasado no recurrió necesariamente a la noción de paisaje para explicar los cambios ecológicos y sociales en el terreno, con notables excepciones como la del geógrafo brasileño Milton Santos (1988). En la mayoría de los casos —en las obras de Pierre George, David Harvey, Yves Lacoste o Neil Smith, por ejemplo—, se privilegiaron análisis socioeconómicos sustentados en los conceptos de territorio y sus variantes o en el de producción del espacio.

En ese marco de diversas y renovadas propuestas en torno a la geografía y sus estrechas relaciones a los campos de la antropología, economía, sociología y psicología, la propuesta de paisajes culturales tradicionales emprendida por Sauer, sería duramente criticada. Se señalaba una concepción orgánica de la noción de cultura, focalizada en aspectos materiales sobre el terreno, pasando por el papel de las sociedades en la toma de decisiones y control colectivo. Se consideraba que los estudios de paisajes culturales de Berkeley eran fundamentalmente descriptivos y ajenos a las voluntades inesperadas de los individuos y los diversos actores sociales en la transformación del entorno (Duncan, 1980). La geografía cultural tradicional y su análisis histórico de paisajes se tipificaron entonces como una aproximación muy localista, obsesionada con las manifestaciones materiales en el terreno y las transformaciones ambientales derivadas de la actividad humana, pero sin comprender las complejidades de las sociedades que las realizaban. Las críticas a Sauer y sus seguidores de Berkeley provenían sobre todo de la geografía británica y francesa, influenciada por los enfoques marxistas en boga de Henri Lefebvre, Raymond Williams y Stuart Hall, quienes a su vez problematizaban sus planteamientos sobre el materialismo histórico de Herbert Marcuse y Antonio Gramsci. Esos cuestionamientos dieron origen a la Nueva geografía cultural, proclamada por sus practicantes como más reflexiva y comprensiva de los patrones de política, economía, clase, género y raza (Cosgrove y Jackson, 1987; Luna, 1999; Urquijo y Segundo, 2017). A la luz de nuestros días, no deja de llamar la atención que algunas de las observaciones que se realizaron a la propuesta de Sauer hayan sido por su tendencia a lo local y lo particular, y a la importancia de los cambios ambientales ejercidos por la actividad humana. Defectos en el pasado que hoy se conciben como atributos de una investigación situada.

La geografía cultural tradicional explicaba de forma certera las transformaciones ambientales de las sociedades, a partir de una comprensión de las formas de trabajo y sus divisiones, en una escala comunitaria. Además, atendía el cómo esas sociedades se organizaban históricamente en torno a un poder político, sin perder de vista el carácter esencialmente local de los paisajes que habitaban. Por su parte, la Nueva geografía cultural, se enfocaba en cómo la división del trabajo se volvía un proceso socioeconómico, se articulaba mediante redes complejas y propiciaba el establecimiento de jerarquías de poder o de clases. Ambas propuestas, de acuerdo con Paul Claval (2020), ignoraban las sensibilidades e imaginarios en torno al paisaje de las sociedades que se estudiaban. Fue el giro cultural en geografía el que atendió estos últimos temas.

En la década de 1980, el giro culturalista de la geografía —inicialmente británica, luego anglosajona incluyendo a los Estados Unidos— abordó temáticas en torno a la lingüística, el feminismo, las subculturas, la cultura popular, el consumo o los imaginarios entre otros aspectos en boga en las agendas de las humanidades y las ciencias sociales (Clua y Zusman, 2002). Desde la noción de paisaje, en específico, proliferaron las investigaciones sobre las cotidianidades, las topofilias y topofobias, las representaciones literarias, musicales o cinematográficas o los paisajes rituales, entre otros (Urquijo, 2010; Mape-Gzuman y Avendaño-Arias, 2017; Alvarado Sizzo, Sánchez y Aldaz, 2024). La contribución de los giros culturales fue significativa, pues permitió en las primeras décadas del siglo XXI reposicionar a las subjetividades y los entimemas como elementos clave en la concepción y representación de paisajes, sobre todo desde un contexto posthumanista y desde el análisis de los cambios en el Antropoceno y la Gran Aceleración (Krieger, 2019).

Paisaje cultural en tiempos acelerados

¿Cómo puede problematizarse el paisaje cultural en el contexto actual de crisis ambiental acelerada? Sostenemos que hay por lo menos tres aspectos para tener en cuenta. Primero, el reposicionamiento de las y los paisajistas, resaltando el carácter vivencial. Segundo, la ponderación del cuidado como una forma de trabajo y protección colectiva del espacio local. Tercero, la consideración de la agencia no humana como posible coparticipante en la construcción y transformación paisajística.

La geografía cultural —en particular la francesa— es categórica en un aspecto: la experiencia paisajística no es posible en quien lo vive cotidianamente (Bégout, 2005; Donadieu y Périgord, 2005; Berque, 2009). Quien no ha salido de su terruño no puede adquirir la capacidad de contemplar las geografías en las que se desenvuelve todos los días, a todas horas, con las mismas personas, que ha visto desde siempre (Fernández Christlieb, 2017).

Las sorpresas en el paisaje son para quienes lo ven por primera vez e, intuitivamente, lo (re)conocen con sus propios códigos culturales, en un ejercicio de alteridad. De acuerdo con este enfoque, paisajista es la persona foránea; paisano es el local. El solipsismo geográfico se rompe con el alejamiento –la distancia que amplía la perspectiva–, y que enriquece el conocimiento mediante una apertura hacia *lo otro*.

Augustin Berque (2009) señala que el paisaje es resultado de una contemplación sobre el entorno, que puede nombrarse mediante el uso consensuado de una palabra específica. Esa expresión verbal posee por lo menos una forma de representación –literaria, pictórica o como jardines–. En contraste, el pensamiento *paisajero* es aquél en cuya sociedad no existe una palabra que designe la experiencia, pero que muestra algún tipo de interacción reflexiva con el entorno. “Es cierto que pueden sentir las cosas con medios distintos a las palabras, pero para *pensarlas* verdaderamente se necesitan palabras” (Berque, 2009, p. 20). En los términos de Berque, un campesino no concibe un paisaje como tal; su relación con el terreno es más simbiótica que contemplativa. Lo visual es importante, pero no se trata de lo visual al estilo estético, sino más bien de códigos de funcionabilidad. Recorrer el campo no es un paseo recreativo, sino una “vuelta del propietario”, poniendo atención en los límites de su terreno y la de sus vecinos. La posición del campesino es empírica. “El paisano es el hombre del país, no del paisaje” (Berque, 2009, p. 33).

Sin embargo, ¿es hoy necesaria la distinción categórica entre quien contempla y quien vive el paisaje? ¿Es pertinente la creación de una nueva palabra (paisajero) para remarcarla? El binomio paisajero/paisajista establece una confrontación entre concebir el entorno como una totalidad recursivamente interpretada y moldeada desde la conciencia práctica de los grupos localizados en el lugar, y concebirlo como una representación estética, hipertéorica y externalista. El amplio conocimiento de Berque referente a la pintura occidental, la filosofía, la poesía oriental y la literatura de naturaleza, lo encaminan a mostrar cómo el paisaje está intrínsecamente relacionado con condicionantes de contemplación (distancia) y disfrute. Sin embargo, el uso antiguo de las palabras que lo designan –como *landschaft*– remite a la *transformación* del terreno, no a su contemplación. Hay un énfasis histórico en su carácter de intervención directa de quienes viven en el lugar. El énfasis en la distancia del observador es resultado de la teorización del arte a partir del siglo XV, no de la historia etimológica de la palabra misma y sus diferentes usos.

Quien vive en el campo, por ejemplo, quizá no necesite de una palabra específica para externalizar la experiencia sensorial con sus propios lugares. Por la fuerza del arraigo y el conocimiento heredado, la persona que vive en el campo reconoce el nombre de cada planta

—algunas que solo existen en ese lugar—, así como sus cualidades médicas o gastronómicas; el color de la tierra en sus diferentes tonalidades le indica la calidad; las formas del terreno poseen nombres que vinculan un conocimiento de historias y manejos; con un término asignado, distingue los sonidos de animales diversos; repite de memoria topónimos que marcan parajes. Es, efectivamente, la “vuelta del propietario”, pero también la evidencia de un paisaje percibido, apropiado y transformado con la experiencia cotidiana e histórica. Cuando se posee una suerte de diccionario cultural que se reedita a diario, quizá no se requiera de una palabra para decir paisaje, pues se poseen y actualizan todas las que le dan sentido. Paisajista es quien aprecia el paisaje a la distancia, pero también —y principalmente— el que vive en él. Lo demás es posiblemente parte de la teorización contemporánea. En los propios términos de Berque, nuestros tiempos rebosantes de paisajistas —humanistas, científicos y técnicos— están marcados por grandes contradicciones, “cuanto más pensamos el paisaje más lo masacramos” (Berque, 2009, p. 21).

Por otro parte, el cuidado es una actividad que se realiza con la intención de procurar o reparar física y simbólicamente el espacio habitado de la mejor manera posible, incluyendo nuestro espacio inmediato, que es el cuerpo. Es una noción que no responde a estándares generales sobre lo que se necesita cuidar, pues cada lugar implica formas de bienestar o reparo concretas y localizadas (Ferreyra Beltrán, 2024). Se trata de un paradigma relacional basado en la reciprocidad y las prácticas de ayuda mutua, orientadas hacia la reproducción de la vida. La noción de cuidado es así una aportación poderosa para afrontar las actuales transformaciones extractivistas del paisaje o los efectos del cambio climático, donde imperan las desigualdades sociales o las historias de exclusión (Jacobs y Wiens, 2024). Ante temporalidades aceleradas, cuidar el paisaje es brindar un tiempo más pausado, desacelerar para dejar espacio al bienestar, al afecto y al placer de nuestros lugares (Meyer, 2010). Esa lentitud, cuidado y disfrute colectivo del paisaje son formas necesariamente situadas y específicas, y generan fuertes nociones de arraigo.

En ese sentido, la antropología se ha orientado hacia formas alternas al dualismo humanidad-naturaleza, encontrando un nicho importante en el perspectivismo amerindio. Se ponderan cosmovisiones de diferentes sociedades étnicas en los que no hay distinción entre humanos, fauna y especies vegetales (Haraway, 2016; Tsing, 2021). Las cosmovisiones indígenas y las formas alternativas de conocimiento que plantea la antropología permiten repensar lo social como un ensamblaje polifónico de especies humanas y no humanas; una ontología diferente de habitar la Tierra (Kaltmeier, 2024). Ello ha provocado narrativas constantes que muestran la urgencia de redefinir nuestras formas de pensar y vivir. Las perspectivas contra el dualismo nos muestran nociones múltiples para cuestionarlo: bioculturalidad, cultura, naturaleza,

socioecosistemas, antroponovismo, regimentación, entre otros. No obstante, este prolífico furor antropológico, es importante que la discusión supere la carrera descontrolada por los neologismos conceptuales o los juegos de palabras “a lo Haraway” (Antweiler, 2024, p. 69). Más allá de las disertaciones antropológicas, es necesario *aterrizar* esas ontologías. Resulta necesario pensarlas con claridad analítica y circunstancias situadas, desde geografías localizadas y particulares, socializadas y reconocibles a través de la experiencia sensorial y vivencial de quienes la reconocen como propia y en coparticipación con otras formas de vida no humanas. Se trata de afrontar la Gran Aceleración de la escala planetaria el microespacio social –en términos de la antropología– y reposicionar al paisaje cultural a la luz de las narrativas teóricas abstractas o desgeografizadas. El cuidado del y desde el paisaje involucra un cambio de paradigma que pondere que las sociedades vivan territorios en condiciones de bienestar, sanas y plenas, y donde sea posible contralar su propio tiempo. Ello implica discutir nuevas actitudes frente al trabajo, la alimentación, la producción de alimentos, la relación con la naturaleza, en el sentido amplio, inclusivo y aprensible, como es la escala local y desde el terreno.

Reflexiones finales

La geografía es una disciplina que ha estado vinculada a lo que hoy denominamos cuestión ambiental desde su configuración como ciencia moderna –remontándonos a referentes como Ritter, Reclus, Ratzel o Vidal de la Blache, por mencionar algunos– o, incluso, desde sus antecedentes historiográficos en la Antigüedad clásica (Fernández Christlieb, 2023). Entonces, en un mundo acelerado y cambiante, de crisis ambiental y de urgencias para afrontarla, la geografía, en general, y el enfoque cultural de paisaje, en particular, tienen mucho que aportar al concierto de las ciencias híbridas y a las luchas actuales por el territorio y la vida.

El reencantamiento por el lugar como el espacio inmediato a las emociones y a las acciones directas que las sociedades realizan sobre sus paisajes culturales cobra un particular sentido. Nuestro marco temporal tipificado como de constantes y aceleradas crisis –ambientales, económicas, políticas, educativas–, y por la erosión de la vida en sociedad, el exponencial incremento del individualismo y el culto a sí mismo –a través de las redes sociales y su artificial e híperveloz democratización de la popularidad–, hacen imperante el repensar la importancia de la pertenencia colectiva, el bien común y el cuidado de los espacios propios.

La modernidad nos encaminó a concebir paisajes tipificados, normados bajo presunciones de objetividad, representados geométricamente, donde el lugar se redujo a meros aspectos

de localización a partir del sistema de coordenadas. La postmodernidad y las humanidades alejaron también al paisaje de sus creadores más legítimos: los que viven en él. Pero, al resquebrajarse los dogmas, en un planeta acelerado, algo se movió en el ámbito social y territorial, que permitió el redescubrimiento de lo vernáculo en los paisajes como un espacio existencial, rico en emociones y valoraciones éticas y estéticas colectivas (Nogué, 2016). El lugar, como la geografía inmediata a la experiencia humana —a la manifestación de las culturas—, se reveló como un paisaje conformado por materialidades e inmaterialidades que otorgan particularidad; características únicas e irrepetibles (Fernández Christlieb y Urquijo, 2012). Algo que ya sabíamos, porque los lugares y el paisaje siempre han sido así, pero que en las últimas décadas nos dedicamos a degradarlo, primero, y a olvidarlo, después. El olvido hizo que aparecieran endebles postulados teóricos que pretendieron descubrir el hilo negro con emparejamientos semánticos superfluos: sociopaisajes, etnopaisajes, biopaisajes, como si el uso de prefijos sustituyera la complejidad social, histórica y cultural de las múltiples y ambivalentes formación de relación humano-naturaleza.

Agradecimientos

El artículo fue elaborado en el marco del proyecto PAPIIT-DGAPA-UNAM IN307223, “América Latina y la historia ambiental: tramas intelectuales, redes y actores en el Antropoceno”. Se hace reconocimiento explícito al apoyo institucional brindado.

Bibliografía

- Alvarado Sizzo, I., Sánchez, D. y Aldaz, N. (2024). From film tourism to media pilgrimage: visiting the “real Mama-Coco” in Indigenous Mexico. *Economía, Sociedad y Territorio*, 24(74), 1-28. <https://est.cmq.edu.mx/index.php/est/article/view/2134>
- Antweiler, C. (2024). Sobre el Antropoceno. Un terremoto conceptual que reclama una geoantropología. En P. Wolfersberger, O. Kaltmeier y A. K. Volmer (Eds.), *Los cuidados en y más allá del Antropoceno. Un recorrido interdisciplinario ante la crisis socioecológicas* (pp. 57-91). CLACSO. <https://doi.org/10.54871/ca24an8c>
- Bégout, B. (2005). *La découverte du quotidien*. Allia.
- Berque, A. (2009). *El pensamiento paisajero*. Biblioteca Nueva.
- Boehm, B. (2001). El lago de Chapala, su ribera norte. Un ensayo de lectura cultural. *Relaciones*, 21(85), 57-83.

Brandt, M. (2015). Paisagens caboclas no oeste de Santa Catarina: Colonização e rupturas. En M. Brandt y E. Nascimento (Eds.), *Oeste de Santa Catarina. Território, ambiente e paisagem* (pp. 11-40). UFFS.

Castree, N., Demeritt, D. y Liverman, D. (2009). Introduction: Making Sense of Environmental Geography. En *A Companion to Environmental Geography* (pp. 1-15). Wiley-Blackwell.

Castro, H. y Zusman, P. (2009). Naturaleza y Cultura: ¿dualismo o hibridación? Una exploración por los estudios sobre fiesto y paisaje desde la Geografía. *Investigaciones Geográficas. Boletín del Instituto de Geografía*, (70), 135-153.

Castro Herrera, G. (2024). El camino al ambiente [Conferencia]. *Seminario Internacional de Historia Ambiental FLACSO Ecuador*. <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/10469/21582>

Claval, P. (1999). *La geografía cultural*. Biblioteca Universitaria.

Claval, P. (2020). *El mundo por descifrar. La perspectiva geográfica*. Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México.

Clua, A. y Zusman, P. (2002). Más que palabras: otros mundos. Por una geografía cultural crítica. *Boletín de la AGE*, (34), 105-117.

Cosgrove, D. (1984) *Geography and Vision: Seeing, imagining and representing the World*. Tauris & Co.

Cosgrove, D. y Jackson, P. (1987). New Directions in Cultural Geography, *Area*, 19(3), 1-18.

Davidson, J. (2003). *Phobic geographies: the phenomenology and spatiality of identity*. Ashgate.

Demeritt, D. (2009). Geography and the promise of integrative environmental research, *Geoforum*, (40), 127-129.

Díaz Terreno, F. (2013). Constelaciones rurales serranas. Lógicas de ocupación del territorio y modelos de orden en el Norte de Traslasierra (Córdoba, Argentina). *Revista Labor & Engenho*, 7(3), 37-58. <https://doi.org/10.20396/lobore.v7i3.2115>

Donadieu, P. y Périgord, M. (2005). *Clés pour le paysage*. Éditions Ophrys.

Duis, U. (2021). Valores del paisaje en la vida cotidiana de los cafetaleros, referentes para la gestión sustentable del patrimonio territorial en el Quindío, Colombia. *Perspectiva Geográfica*, 26(2), 57-71. <https://doi.org/10.19053/01233769.12404>

Fernández Christlieb, F. (2006). La Geografía Cultural. En D. Hiernaux y A. Lindón (Dirs.), *Tratado de Geografía Humana* (pp. 0-0). Anthropos/UAM-Iztapalapa.

Fernández Christlieb, F. (2017). Caminar, dibujar. La marcha como origen del paisaje. En *Decir el lugar. Testimonios del paisaje colombiano* (pp. 55-66). Banco de la República.

Fernández Christlieb, F. (2023). *Hacer Geografía: un razonamiento histórico para el mundo que viene*. Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México.

Fernández Christlieb, F. y Urquijo, P. S. (Coords.). (2012). *Corografía y escala local. Enfoques desde la geografía humana*- CIGA-UNAM.

Ferretti, F. (2019). Rediscovering Other geographical traditions, *Geography Compass*, 13(3), <https://doi.org/10.1111/gec3.12421>

Ferreira Beltrán, M. C. (2024). Sostener la vida. Repensar los cuidados en el marco del bien común. En P. Wolfersberger, O. Kaltmeier y A. K. Volmer (Eds.), *Los cuidados en y más allá del Antropoceno. Un recorrido interdisciplinario ante la crisis socioecológicas* (pp. 0-0). CLACSO <https://doi.org/10.54871/ca24an8g>

Foster, J. B. (2000). *Marx's Ecology. Materialism and nature*. Monthly Review Press.

Foster, J. B. y Clark, B. (2020). *The Robbery of Nature. Capitalism and the Ecological Rift*. Monthly Review Press.

Franca de Oliveira, A. M. (2019). Patrimonio y paisaje: la escritura de la historia ambiental del Parque Costero del Sur (Punta Indio, Argentina). *HALAC, Historia ambiental, latinoamericana y caribeña*, 9(1), 178-199.

Franch, I. y Cancer, L. (2017). El componente visual en la cartografía del paisaje. Aptitud paisajística para la protección en la cuenca del río Chiquito (Morelia, Michoacán). *Investigaciones Geográficas. Boletín del Instituto de Geografía*, (93), 42-60. <https://doi.org/10.14350/rig.54730>

Guzmán, M. (2017). Arquitectura y paisaje simbólico en los Andes centrales. *Arquitectos*, (31), 303-314.

Haraway, D. (2016). *Staying with the trouble: Making Kin in the Chthulucene*. Duke University Press.

Jacobs, S. y Wiens, T. (2024). Landscapes of care: politics, practices, and possibilities. *Landscape Research*, 49(3), 428-444. <https://doi.org/10.1080/01426397.2023.2266394>

Kaltmeier, O. (2024). ¡Cuidado, el Antropoceno! Entre la exaltación de la vida y la necropolítica. En P. Wolfersberger, O. Kaltmeier y A. K. Volmer, (eds.), *Los cuidados en y más allá del Antropoceno. Un recorrido interdisciplinario ante la crisis socioecológicas* (pp. 29-56). CLACSO. <https://doi.org/10.54871/ca24an8b>

Krieger, P. (2019). Fotografía de arquitectura y paisaje en el Antropoceno tardío: el espíritu humboldtiano en la obra de Fernando Cordero. *Bitácora Arquitectura*, (41), 122-131. <https://doi.org/10.22201/fa.14058901p.2019.41.70665>

Laportilla, G., Urquijo, P. S., Rodríguez, A., Priego, A. (2025). Patrimonialización del paisaje: proceso, discursos y conceptos. *PatryTer*, 8(15). <https://doi.org/10.26512/patryter.v8i15.48597>

Larrucea, A. (2016). *País y paisaje. Dos invenciones del siglo XIX mexicano*. Facultad de Arquitectura, Universidad Nacional Autónoma de México.

Lefebvre, H. (1991). *The Production of Space*. Basil Blackwell.

Lindón, A. (2006). Del suburbio como paraíso a la espacialidad periférica del miedo. E A. Lindón, M. Aguilar y D. Hiernaux (Coords.), *Lugares e imaginarios en las metrópolis* (pp. 85-106). Anthropos/UAM-Iztapalapa.

López Silvestre, F. y Zusman, P. (2008). Las normas sobre el paisaje como mirada de época. Del proteccionismo esteticista al derecho universal en España y Argentina, Quintana. *Revista de Estudos do Departamento de Historia da Arte*, (7), 137-155.

Luna, A. (1999). ¿Qué hay de nuevo en la geografía cultural? *Anales de Geografía*, (34), 69-80.

Lus Bietti, G. y Castro, H. (2022). Apuntes latinoamericanos para la construcción de una geografía ambiental. *Geographia*, 24(53), 1-19. <https://doi.org/10.22409/GEOgraphia2022.v24i53.a55614>

Mape-Guzmán, F. y Avendaño Arias, J. (2017). Topofobias e imaginarios del miedo sobre el espacio urbano de la localidad de Fontibón, Bogotá, Colombia. *Perspectiva Geográfica*, 22(1), <https://doi.org/10.19053/01233769.6115>

Mathewson, K. (2009). Carl Sauer and His Critics. En W. Denevan y K. Mathewson (Eds.), *Carl Sauer on culture and landscape* (pp. 9-28). Louisiana State University.

Mathewson, K. (2011). Sauer's Berkeley School Legacy: Foundation for an emergent Environmental Geography? En G. Bocco, P. Urquijo y A. Vieyra (Coords.), *Geografía y Ambiente en América Latina* (pp. 51-82). CIGA-UNAM. <https://doi.org/10.22201/ciga.9786070224966p.2011>

Mathewson, K. y Seemann, J. (2008). A Geografia histórico-cultural da Escola de Berkeley. Um precursor ao surgimento da História Ambiental. *Varia História*, (39), 71-86.

Mathewson, K., Allen, A. L., Grismore, A., Lagos, M., Rose Simms, J. y Spencer, B. (2020). The Sauer Tree in Time and Place. *Journal of Latin American Geography*, 19(1), 84-97. <https://doi.org/10.1353/lag.2020.0012>

Meyer, E. (2010). Slow landscapes: A new erotics of sustainability. *Harvard Design Magazine*, (31), 22-31.

Montañez, G. (2009). Geografía y marxismo: lecturas y prácticas desde las obras de D. Harvey, N. Smith y R. Peet. En J. Montoya (Ed.), *Lecturas en teoría de la geografía* (pp. 41-102). Universidad Nacional de Colombia.

- Morera, C., Pintó, J., Romero, M. (2007). Paisaje, procesos de fragmentación y redes ecológicas: aproximación conceptual. En O. Chassot y C. Morera (Eds.), *Corredores biológicos: acercamiento conceptual y experiencia en América*, (11-47). Imprenta Nacional.
- Napoletano, B. M., Clark, B., Foster, J. B. y Urquijo, P. S. (2022). Critical Geography's nature problem and the Lefebvrian ecological dialectic. *Journal of Historical Geography*, (78), 35-44. <https://doi.org/10.1016/j.jhg.2022.07.005>
- Nogué, J. (2012). Intervención en imaginarios paisajísticos y creación de identidades territoriales. En A. Lindón y D. Hiernaux (Dir.), *Geografías de lo imaginario* (pp. 129-139). Anthropos/UAM-Iztapalapa.
- Nogué, J. (2016). El reencuentro con el lugar: nuevas ruralidades, nuevos paisajes y cambio de paradigma. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 62(3), 489-502. <https://doi.org/10.5565/rev/dag.373>
- Oliveira, R. y Montezuma, R. (2010). História ambiental e ecologia da paisagem: caminhos integrativos na geografia física. *Mercator*, 9(19), 117-128.
- Palma Vergara, M. (2016). Ensayo sobre la arquitectura del paisaje en el desarrollo sustentable. *Bitácora Arquitectura*, (31), 128-133. <https://doi.org/10.22201/fa.14058901p.2015.31.56173>
- Parrique, T. (2024). *Desacelerar o morir. Todo lo que hay que saber (y desmitificar) para comprender el decrecimiento*. Siglo Veintiuno.
- Price, M. y Lewis, M. (1993). The reinvention of Cultural Geography, *Annals of the Association of American Geographers*, 83(1), 1-17.
- Radding, C. (2008). *Paisajes de poder e identidades: fronteras imperiales en el desierto de Sonora y bosques de la Amazonía*. CIESAS/El Colegio de Sonora.
- Radding, C. (2012). The Children of Mayahuel: Agaves, human cultures and desert landscapes in Northern Mexico. *Environmental History*, (17), 84-115.
- Ramírez, B. R. y López-Levi, L. (2015). *Espacio, paisaje, región, territorio, lugar: diversidad en el pensamiento contemporáneo*. Instituto de Geografía UNAM/UAM-Xochimilco.
- Rivasplata, P. E. (2017). Perspectiva histórica de cambio de paisajes en el Altiplano Andino del Titicaca", *HALAC, Historia ambiental latinoamericana y caribeña*, 7(1), 14-27.
- Santos, M. (1988). *Metamorfose do espaço habitado*. Hucitec.
- Sauer, C. O. (1925). The morphology of landscape. *University of California Publications in Geography*, 2(2), 19-53.
- Sauer, C. O. (1956). The Agency of Man on the Earth. En W. Thomas, C. Sauer, M. Bates, L. Mumford (Eds.), *Man's Role in Changing the Face of the Earth* (pp. 49-69). University of Chicago Press.

- Silvestri, G. (2019). *Las tierras desubicadas. Paisajes y culturas en la Sudamérica fluvial*. Eduner.
- Silvestri, G. y Aliata, F. (2001). *El paisaje como cifra de armonía*. Ediciones Nueva Visión.
- Steffen, W., Crutzen, P. y McNeill, J. (2007). The Anthropocene: Are Humans Now Overwhelming the Great Forces of Nature? *Ambio*, 36(8), 614-621.
- Suden, C. (2024). Los paisajes del oasis norte de la provincia de Mendoza como patrimonio y atractivo turístico. *Boletín de Estudios Geográficos*, (121), 199-220. <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/beg/article/view/7736>
- Tesser, C. (2000). Algunas reflexiones sobre los significados de paisaje para la Geografía. *Revista de Geografía Norte Grande*, (27), 19-26.
- Tsing, A. (2021). *Seta del fin del mundo. Sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas*. Capitán Swing.
- Thomas, W. L., Sauer, C. O., Bates, M. y Mumford, L. (Eds.). (1956). *Man's Role in Changing the Face of the Earth*. University of Chicago Press/Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research/National Science Foundation.
- Trautmann, W. (1981). *Las transformaciones en el paisaje de Tlaxcala durante la época colonial. Una contribución a la historia de México bajo especial consideración de aspectos geográfico-económicos y sociales*. Franz Steiner Verlag.
- Urquijo, P. S. (2010). El paisaje en su connotación ritual. Un caso en la Huasteca potosina, México. *GeoTrópico*, (2), 1-15. http://www.geotropico.org/NS_2.html
- Urquijo, P. S. (2020). Paisaje cultural: un enfoque pertinente. En P. S. Urquijo y A. F. Boni (Coords.), *Huellas en el paisaje. Geografía, historia y ambiente en las Américas* (pp. 17-37). CIGA-UNAM.
- Urquijo, P. S. (2021). Geografía cultural en los estudios de paisaje en México. En F. Fernández-Christlieb (Dir.), *El petate y la jícara. Los estudios de paisaje y geografía cultural en México* (pp. 105-133). Éditions Hispaniques.
- Urquijo, P. S. y Méndez, D. A. (2024). Carl O. Sauer: Historia intelectual, paisajes agrícolas y el origen del maíz, 1940-1960. *HALAC. Historia Ambiental Latinoamericana y Caribeña*, 14(1), 20-47. <https://doi.org/10.32991/2237-2717.2024v14i1.p20-47>
- Urquijo, P. S. y Segundo P. C. (2017). Escuela de Berkeley: aproximación al enfoque geográfico, histórico y ambiental saueriano. En P. S. Urquijo, A. Vieyra y G. Bocco (Coords.), *Geografía e historia ambiental* (pp. 71-94). CIGA-UNAM. <https://doi.org/10.22201/ciga.9786070295669p.2017>

Zusman, P. (2006). Paisajes en movimiento. El viaje de Sarmiento a los Estados Unidos (1847). *Scripta Nova. Revista electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, 10(218), s. p. <https://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-218-19.htm>

Zusman, P. (2014). Políticas del paisaje en la nueva ruralidad pampeana. En M. Sierra (Ed.), *Geografías imaginarias. Espacios de resistencia y crisis en América Latina* (pp. 0-0). Cuarto propio.

Sobre el autor

Pedro Sergio Urquijo Torres

Investigador titular definitivo en el Centro de Investigaciones en Geografía Ambiental (CIGA) de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), en el Área de Historia Ambiental, Poder y Territorio. Doctor en Geografía por la UNAM, maestro en Historia por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana y licenciado en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Es profesor en el Posgrado en Geografía de la UNAM, donde imparte las asignaturas de “Geografía y Ambiente” e “Historia Ambiental”, y profesor de asignatura en la licenciatura en Geohistoria de la Escuela Nacional de Estudios Superiores Unidad Morelia (UNAM), con los cursos de “Historia prehispánica y novohispana” y “Historia e historiografía de la historia ambiental”. Ha sido profesor invitado en la Universidad de Twente (Países Bajos), en Instituto de Ciencias y Tecnologías Ambientales de la Universidad Autónoma de Barcelona (España) y en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Stanford (Estados Unidos). También ha sido profesor visitante en el Posgrado de Ciencias Sociales para la Sustentabilidad, en la Universidad Autónoma de Baja California Sur. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores (CONAHCYT), nivel 2. Es Investigador Estatal Honorífico del Instituto de Ciencia, Tecnología e Innovación del Estado de Michoacán; miembro regular de la Academia Mexicana de Ciencias y actual presidente de la Sociedad Latinoamericana y Caribeña de Historia Ambiental (la SOLCHA). Forma parte de los consejos científicos de las revistas *Landscape Research* (Editorial Taylor & Francis, Reino Unido), *PatryTer. Revista Latinoamericana e Caribenha de Geografia e Humanidades* (Universidad de Brasilia, Brasil), *Pueblos y Fronteras del CIMSUR* (UNAM México). Ha escrito más de cien publicaciones entre artículos científicos, libros y capítulos de libros, referentes sus líneas de investigación: geografía histórica, historia ambiental y los enfoques culturalistas del paisaje.